

181

A LA BUENA MEMORIA  
DE DON JOSE NICOLAS DEL LLANO

En el templo de la ciencia  
Y en la cumbre de la gloria  
Se eleva el nombre de un varón  
Que en la tierra y en el cielo  
Se gloría de haber nacido  
En el seno de una madre  
Que en su seno le dio vida  
Y en su seno le dio amor  
Y en su seno le dio fe  
Y en su seno le dio esperanza  
Y en su seno le dio caridad  
Y en su seno le dio vida eterna  
Y en su seno le dio vida eterna

PARTE TERCERA.



POESIAS SAGRADAS.

## EL ALMA Y LA RELIGION.

---

El Alma de los cielos descendida,  
Inspiracion de Dios pura y sagrada,  
Yace á un cuerpo de barro encadenada,  
Sujeta á las miserias de la vida.

La santa Religion, compadecida  
La viene á consolar, de luz bañada,  
De escelsas esperanzas animada,  
Y en fervorosas llamas encendida.

Cuando la muerte su prision quebranta,  
Y ella la tierra tímida abandona,  
En sus brazos al cielo la levanta:

Allí los himnos de la paz entona,  
Premia sus triunfos, sus victorias canta,  
Y de inmortal diadema la corona.

---

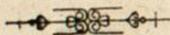
## LA TEMPESTAD.

Sobre el empíreo nítido y sereno  
Sienta Jehováh sus tiendas: la sagrada  
Turba de los espíritus alada  
Le cerca, y tiembla del abismo el seno.

Las tinieblas condensa: el orbe lleno  
De terror, ve la llama desatada,  
Y á la voz del Eterno dilatada  
Ruge la tempestad, y estalla el trueno.

El sonido retumba con espanto,  
Los montes arden, túrbanse los rios,  
Muge el mar oprimido de quebranto:

Entónces levanté los ojos míos  
Al cielo, y dije con temblor y llanto:  
¿Cómo te desconocen los impíos?



## JERUSALEN.

Gloriosa dicta sunt de te, civitas Del.  
Salmo LXXXVI,—3.

## I.

MORADA del poder y los honores,  
Corte de Dios un día,  
Objeto de consuelos y terrores,  
Prestigio de mi humilde fantasía:

¡Qué de veces, Salen, tus sumas glorias  
A mi mente se ofrecen,  
Y mezcladas con lúgubres memorias  
Entre profundas sombras resplandecen!

Eres claro padron, que levantado  
Puso el dedo divino,  
Para marcar al hombre esclavizado  
La libertad que el cielo le previno.

Eres tú, monumento sempiterno,  
Eres viva enseñanza  
Del amor y bondades del Eterno,  
Y también de su enojo y su venganza.

¡Quién me diera gozarte y ver al vivo  
En tus altas señales,  
Las pisadas del tiempo fugitivo,  
Y de Dios los designios eternals!

¡Oh! si los sacros muros visitara,  
 Cual pobre peregrino,  
 En donde tú, Señor, la lumbre clara  
 Mostraste ya de tu poder divino!

Donde vaticinaron tus profetas  
 De tu Hijo la venida,  
 Y verdades sublimes y secretas  
 Mostraron á la tierra oscurecida:

Donde se presentara este Hijo amado,  
 Humilde y oprimido,  
 De los sabios y grandes despreciado,  
 Desecho de los hombres y abatido:

En donde derramó propicio y grato  
 Las luces y el consuelo,  
 Abriendo con su sangre al hombre ingrato  
 Los supremos alcázares del cielo.

## II.

Pues que una suerte contraria  
 En esta tierra me liga,  
 Encadenando enemiga  
 Los impulsos de mi amor:  
 Hágate el afecto acaso  
 Tocar lo que yo no veo,  
 Y en las alas del deseo  
 Alza el vuelo, corazón.

Junto á la rota muralla,  
 Que á Jerusalem circunda,  
 En la soledad profunda  
 El Eterno te hablará:  
 Allí escuchará benigno  
 Tus oraciones sencillas:  
 Prodigios y maravillas  
 A tus ojos mostrará.

No hay para el amor distancia,  
 Ni tampoco inconveniente:  
 Lo pasado y lo presente  
 Sabe en un punto juntar.  
 Paréceme que salvando  
 Selvas y montañas densas,  
 Las soledades estensas,  
 Y la inmensidad del mar,

Se presentan á mis ojos  
 El monte de las Olivas,  
 Los estanques de aguas vivas,  
 El torrente de Cedron;  
 Los sepulcros de los reyes,  
 Los escombros del santuario  
 El santo monte Calvario,  
 Y la colina de Sion.

¡Salve! suelo sacrosanto,  
 Del hombre infeliz abrigo,  
 De su redencion testigo,  
 Sagrario de santidad,  
 Asilo del inocente,  
 Del desgraciado patrono,  
 De revelaciones trono,  
 Y templo de la verdad.

¡Qué hermosas son en tus montes  
 Las plantas del que bendice  
 A los pueblos, y predice  
 Al cautivo libertad!  
 ¡Del que anuncia á las naciones,  
 Que ningun opreso gima,  
 Porque el Señor se aprocsima  
 Y en el mundo reinará!

## III.

Felices los que oyeron  
 ¡Oh Señor! de tu boca santa y pura  
 Las palabras, y vieron  
 Tu modesta hermosura,  
 Gozando tu piedad y tu ternura.

Aquí les enseñabas:  
 Allí de tu poder muestras hacías:  
 Los enfermos sanabas:  
 La muerte destruías:  
 En todo, como Dios, resplandecías.

Brindabas á los niños  
 Tu amor: al infelice tus desvelos:  
 Al pobre tus cariños:  
 Al triste tus consuelos:  
 A todos con la herencia de los cielos.

Y porque tú alumbraste  
 Del hombre las tinieblas y ceguera,  
 Y benigno curaste  
 De su culpa primera  
 La horrible llaga, inveterada y fiera:

Yaces ¡ay! enclavado  
 A una cruz, sobre el Gólgota pendiente:  
 Del pecho lastimado  
 Lanzando tristemente  
 Suspiro profundísimo y doliente.

Como trozado lirio,  
 Que sufre del Agosto los rigores,  
 Yaces con el martirio:  
 Cargaste mis errores,  
 Y eres varon de penas y dolores.

Tus entrañas traspasa  
 El dolor, y de tu alma se apodera:  
 Ardiente sed te abrasa:  
 Tu aliento se acelera:  
 Tu corazon se funde como cera.

¡O pueblo descreido,  
 Sordo á las voces, y al ejemplo ciego!  
 La sangre que has vertido  
 Vendrá sobre tí luego:  
 Tu crimen vengará con hierro y fuego.

Ya sobre tí fulmina  
 Su rayo vengador, airado el cielo.  
 La compasion divina,  
 Al predecir tu duelo,  
 Lágrimas derramó sobre tu suelo.

## IV.

Cuando aquesta ciudad delincuente  
 Se manchó con la sangre del Justo,  
 Un acento incesante, robusto,  
 Fatigaba los ecos do quier.  
 Con proféticas voces revela  
 Los arcanos del tiempo futuro:  
 “¡Ay del pueblo, del templo, del muro!  
 “¡Ay de tí, desdichada Salen!”

En el aire, de sangre teñido,  
 Escuadrones de ardientes guerreros  
 Con clarines, banderas, aceros,  
 Discurrir combatiendo se ven.  
 Despeñados despues los recibe  
 En sus senos el bátrato oscuro:  
 “¡Ay del pueblo, del templo, del muro!  
 “¡Ay de tí, desdichada Salen!”

Los Levitas oyeron de noche  
Dentro el SANCTA SANCTORUM agosto,  
De pavor penetrados y susto,  
Pasos de hombres huyendo en tropel;

Y una voz que pronuncia: *Salgamos*  
*Presto, presto, del sitio inseguro:*  
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!  
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

El conuento del harpa y salterio,  
Y los ecos del gozo callaron:  
Los ancianos sus voces alzaron,  
Los mancebos gimieron tambien:

Vanos son de la vírgen los lloros,  
Es del mago impotente el conjuro:  
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!  
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

De furor el Romano ceñido  
A tí viene frenético y ciego:  
Le precede la muerte y el fuego,  
El espanto le sigue despues:

Y te cerca, y te estrecha, y te intima  
Su decreto terrífico y duro:  
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!  
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

Fuertes lazos te cercan de muerte,  
Hambre, espada, dolor te circundan,  
Tus recintos de sangre se inundan,  
En tí reina mortal palidez:

Estallando tus puertas, dan paso  
Al gentil, al profano, al impuro:  
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!  
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

Alza el soplo de la ira divina  
En tu seno una súbita flama,  
El incendio voraz se derrama,  
Y consume tu vana altivez:

Toda envuelta en torrentes de fuego  
Ya no ofreces un punto seguro:  
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!  
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

Con el tiro postrero que lanza  
Sobre tí la fatal catapulta,  
Al Profeta infelice sepulta,  
Qué el estrago anunciábate fiel.

Y al morir, este acento repite,  
Que en el éter divágase puro:  
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!  
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

## V.

¿Dónde están de la flébil elegía  
Los tristes ecos, el amargo llanto?  
¿Do están, que no acompañan la voz mia  
En tan duro quebranto?

Cayó Sion de su elevado asiento,  
El Señor la apartó de su memoria,  
Trocó en pena y suspiros su contento,  
En afrenta su gloria.

Cubrió sombra de muerte su hermosura,  
Negra mancha su cándido decoro,  
Perdió su estima, cual con liga impura  
Pierde su precio el oro.

¿Cómo yace desierta y desolada  
La que un tiempo humilló pueblos enteros!  
¿La señora del mundo esclavizada  
Llora sus males fieros!

Su grandeza y beldad están perdidas,  
 Sus calles enlutadas y desiertas,  
 Sus torres y murallas derruidas,  
 Destrozadas sus puertas.

Asentados en tierra sus ancianos  
 Sobre ceniza vil, gimen dolientes,  
 Sus vírgenes también con lloros vanos  
 Humillaron sus frentes.

Mi vista con el llanto se oscurece,  
 Al contemplar escenas tan estrañas  
 Mi voz entre sollozos enmudece,  
 Se rompen mis entrañas.

## VI.

¡Cómo yace entregada  
 Hoy á letal olvido  
 La ciudad, á quien antes  
 Miró el cielo benigno!

Finó, Solima bella,  
 Tu popular bullicio,  
 Y tristeza afrentosa  
 Domina en tu recinto.

Cuando tiende la noche  
 Su manto denegrado,  
 Se cruzan por tus plazás  
 Tristísimos suspiros.

*Cayó Salen*, prorumpen  
 Los ecos adormidos,  
*Cayó*, también responden  
 Los montes convecinos.

No de Gion la fuente  
 Vierte raudales limpios,  
 Para regar los huertos  
 De higueras y de olivos:

Ora sus aguas turbias,  
 Con lánguido ruido,  
 Se arrastran torpemente  
 Entre zarzas y espinos:

En vano con su acero  
 Quiso el cruzado altivo  
 Reconquistar tu gloria,  
 Dándote nuevo brillo.

Sus triunfos se pasaron,  
 Cual pasa el torbellino,  
 Que en pos tinieblas deja,  
 Y truenos y granizo.

Y vino el Agareno  
 Cual tigre enfurecido  
 Y te cerró en sus garras  
 Con hórridos rugidos.

También el Idumeo  
 Bajando de sus riscos,  
 Dividió por despojos  
 A tus inermes hijos.

Llevándose delante,  
 Cual mudos corderillos,  
 Con despiadada vara,  
 Tus vírgenes y niños.

Sin reyes y sin pueblo,  
 Templo, ni sacrificio,  
 Eres de tus contrarios  
 La presa y el ludibrio.

De los nuevos esposos  
Las voces de cariño,  
Ya no en tu triste espacio  
Halagan los oídos.

Todo es pavor y llanto,  
Todo es dolor esquivo,  
¡Cuán largo es tu tormento!  
¡Cuán duro tu castigo!

Cercada de tinieblas,  
Hundida en un abismo,  
Jamás te mira el cielo  
Con ojos compasivos.

¡Pobrecilla! agitada  
De un mar embravecido,  
No hay quien de tí se duela,  
Ni alivie tu martirio.

Cuando pisa tu suelo  
El pobre peregrino,  
Ultrages y rigores  
Participa contigo.

El tirano, que ostenta  
En tí su cetro indigno,  
La piedad que te muestran  
Castiga cual delito.

¡Oh, si pudiera acaso  
Darte yo algún alivio!  
¡Mas ay, que nada puede  
Mi canto dolorido!

## VII.

Con lágrimas amargas contemplaba  
Aquel funesto estrago, y el suspiro  
Mi lastimado pecho trabajaba:

Cuando vuelto de un éstasis me miro,  
Al resplandor de un fósforo distante,  
Colocado en un árido retiro.

El Espíritu Eterno en un instante  
Allí me trasladó; su diestra fuerte  
Me llevó cual relámpago brillante.

¡Espantoso lugar, do se convierte  
En polvo la creación, y se dilata  
El pavoroso reino de la muerte!

Una serie de rocas ciñe y ata  
De una parte sus lindes, el Mar Muerto  
Baña por otra aquella tierra ingrata.

Al estender la vista en el desierto,  
De secos esqueletos descarnados  
El infecundo suelo ví cubierto.

Y de cráneos y huesos separados,  
De sus primeros troncos divididos,  
En confuso desórden hacinados.

Nunca experimentaron mis sentidos  
Sensación mas intensa de amargura,  
Ni á compasión mayor fueron movidos.

Entónces se apagó la llama pura,  
Que brillaba serena y esplendente,  
Y sus alas tendió la noche oscura.

Poseido de horror bajé la frente,  
Y al suelo la incliné con triste lloro:  
Despues volviendo el rostro hacia el Oriente,

Mientras à Dios en mi afliccion imploro,  
Miro eserito entre luces en el cielo,  
El nombre de JEHOVAH con letras de oro.

“¡Oh tú, frente de vida y de consuelo!  
Dije con voz rendida y fervorosa  
¿Por qué destruyes tu obra en este suelo?

¿Al seno de la nada tenebrosa  
Entregarás ¡oh Padre! tus hechuras,  
Trasuntos de tu ciencia portentosa?

Muévante á compasion las penas duras  
A que nacen tus hijos condenados:  
No les niegues del todo tus dulzuras.”

En esto se agolparon mil nublados,  
Y cercaron mis ojos de repente,  
Dejándolos en sombras sepultados.

En nueva turbacion cayó mi mente,  
Y en hondos pensamientos sumergida,  
Vagaba en lo pasado y lo presente.

Una lumbre de lo alto procedida  
Por la tercera vez brilló á mis ojos,  
Y una seña de paz esclarecida

Disipó de mi pecho los enojos:  
Un Arcángel en medio despedia  
Resplandores clarísimos y rojos.

El firmamento eterno comprimia  
Al asentar sus plantas, y eclipsaba  
Con su luz la diadema que ceñia.

Con paso varonil se adelantaba,  
Y el profundo cristal del mar undoso  
Sus luces y sus fuegos reflejaba.

Un viejo venerable y respetoso,  
Vestido de una túnica de lino,  
Y en la mano un baston de oro precioso,

Reverente á encontrar al Angel vino,  
Y arrodillado en tierra alzó el semblante,  
Todo arrobado en éstasis divino.

Mudo permanecia en tal instante:  
La barba sobre el pecho le bajaba,  
Cruzados ambos brazos por delante.

El cielo de esplendores le bañaba,  
Y en posicion inmóvil su figura  
Su sombra sobre el suelo proyectaba.

El Angel descendiendo de la altura  
Con una ascua vivísima de fuego  
A sus labios tocó con mano pura.

El semblante inclinó radioso luego,  
Y en su seno inspiró con sacro aliento  
Un alto y divinal desasosiego.

Sobre las alas rápidas del viento  
Alzó otra vez el vuelo presuroso,  
Y allá en las nubes colocó su asiento.

El anciano salió de su reposo,  
Y de santo fervor su seno henchido  
Y lleno de entusiasmo glorioso:

Puesto un pié gravemente, revestido  
De ecelsa magestad, la voz alzando,  
Y el cetro de oro al cielo dirigido;

Del poder recibido firme usando:  
 "Volved de nuevo ¡oh muertos! á la vida:  
 "En nombre del Eterno yo lo mando."

Dijo, y al punto, una aura, que impelida  
 Bajaba de los montes al desierto,  
 Por un poder incógnito movida;

El suelo resquebrado, seco, yerto,  
 De florecillas frescas y olorosas  
 Con su soplo vital dejó cubierto.

Y viéranse en el punto presurosas  
 Las reliquias humanas reunirse,  
 Renovando su enlace, artificiosas:

Con nervios y cartílagos unirse,  
 De carnes, miembros y vigor llenarse,  
 De fresca piel en torno revestirse:

Un pueblo entero poderoso alzarse,  
 Y entre cantos de Hosanna, con presteza  
 En tribus diferentes congregarse.

Colocado el profeta á su cabeza,  
 Con poderoso esfuerzo lo regia,  
 Lleno de magestad y de grandeza.

El Angel desde lo alto dirigia  
 Su marcha, y le indicaba su destino:  
 La tierra se aplanaba y abatía:

Los montes no estorbaban el camino:  
 Saltaban de contento los collados:  
 Brillaba en lo alto el cielo cristalino:

Claras fuentes y lagos sosegados,  
 Vergeles, huertos, frescas alamedas  
 Hallaba á su descanso preparados,

Y frutos en las verdes arboledas:  
 La mano del Eterno le cubria,  
 Dando sombra á sus sendas y veredas.

Jerusalen, Jerusalen, decia  
 La turba innumerable, y sus acentos  
 La bóveda celeste repetía.

Entónces resonaron en los vientos  
 Mil himnos de alabanza y de victoria,  
 A que unieron alegres sus concentos  
 Los espíritus puros de la gloria.

## VIII.

## CORO PRIMERO.

Gloria, gloria al Señor, porque fuerte  
 De la muerte el poder quebrantó;  
 Y conforme á su santa promesa  
 Al sepulcro su presa arrancó.

## CORO SEGUNDO.

Viva, viva JEHOVAH, que en la guerra  
 Los gigantes aterra de Edom:  
 A su pueblo visita y halaga,  
 Y su llaga incurable sanó.

## EL PROFETA.

Este es ¡oh pueblo! el día  
 En que el Señor demuestra  
 La fuerza de su diestra,  
 Su gloria y su poder:  
 Aqueste día anunciaron  
 Visiones y profetas;  
 Sus palabras, completas  
 Hoy se llegan á ver.